

En busca de una leyenda: Campo de La Matanza (Alicante y Murcia)

Francisco J. Flores Arroyuelo

Resumen: El topónimo «Campo de la Matanza» se corresponde con una llanura abierta al norte de la Sierra de Orihuela y que se extiende por las provincias de Murcia y Alicante. Dicho nombre ha dado lugar a diversas leyendas, lo que ha hecho de él que sea un enigma de difícil solución. El presente trabajo indaga en él sobre diversas soluciones.

Abstract: The toponym «Campo de la Matanza» (Field of Slaughter) relates to a plain which opens to the north of Sierra de Orihuela and runs between the regions of Murcia and Alicante. «Campo de la Matanza» is mentioned in several ancient legends which has made it an enigma that is difficult to solve. This work investigates these different legends.

En nuestros días, como una característica definidora de la sociedad urbana en que vivimos, dominada así mismo por los medios de comunicación social que aturden y contaminan en lo imaginable e inimaginable en su afán por mostrar una novedad grotesca y ridícula en la mayor parte de los casos, y que a todas horas sale a nuestro paso con el fin de que se cumpla el mandato de que no hay otra ley que comprar para poder usar y tirar, y ello por encima de cualquier otra cosa que tenga un mínimo de fundamento, con suma frecuencia, y como productos elaborados industrialmente por agencias dedicadas a su producción y distribución, salen a nuestro paso las más variadas apariencias de leyendas, y como tales, unas veces son referidas a políticos que hasta ese momento se movían en el oportunismo que presta la sombra y que ha llegado al periquete esperado para que venga a sobresalir y se cumpla la vacía

pretensión de que nos miremos en ellos (?), y otras a cantantes sostenidos por un acompañamiento musical que funciona según la habilidad de ingenieros de sonido con los graves y los agudos, o a curiosos actores cinematográficos... que, en el fondo, no persiguen cosa diferente de una difusión instrumentada que viene a servir de preludio a ciertos montajes tan artificiales como lucrativos, y que se degradarán cuando se cumpla el tiempo más o menos concertado para su supervivencia, por lo general bastante limitado, para ya pasar a terminar convertidos en juguetes rotos sin redención posible antes de consumirse definitivamente en el olvido en el que han de desaparecer. Pobre tiempo el nuestro condenado a sostenerse apoyado en leyendas con fecha de caducidad.

Sin embargo, tras afanosas búsquedas que son correspondidas con encuentros felices de algún que otro relato legendario, sobre todo en ámbitos rurales, nos encontramos con leyendas que llevan una especie de pervivencia medio oculta, lo que hace que antes que otra cosa ello haya de ser tenido como parte de un patrimonio heredado de generaciones. Y como tales leyendas, siempre han de ser admitidas como unos bienes singulares, únicos y propios, aunque ello sólo lo sea en una promediada medida que en buena proporción se corresponde con determinadas creencias que han quedado fijadas, aunque ello no es obstáculo para que se relacionen con peculiaridades locales que, por un lado, las perfilan y definen, y por otro las desdibujan. Todo lo cual revierte para que se llegue a posibilitar que, a su vez, puedan ser presentadas sobre variantes de lo que ha de ser asumido como constitutivo de lo que fueron sus versiones primeras, ya muy lejanas, por lo que no en vano vienen a mostrarse desde un soporte un tanto esquivo que facilita la rara y definidora facultad de la memoria que las mantiene vivas.

Con todo ello, pues, podemos prevenir que en nuestros días, tales leyendas, cuando aun no han llegado a perderse del todo, lo hacen perviviendo bastante desleídas respecto a como se alzaron en sus significados originales, en sus acepciones primigenias, cuando tomaban forma referencial sobre verdaderos acopios de símbolos un tanto secretos y siempre caracterizadores de lo que era una comunidad, bien desde su concepción del mundo y de la vida, o lo que es lo mismo que decir de lo que representaban determinados arcanos compartidos, y como tales, consciente e inconscientemente, han venido siéndolo durante las sucesivas generaciones que se sucedieron.

Las leyendas, unas veces dicen de hechos extraordinarios que fueron realizados por ciertas personas que pasaron, se creía, a ser elegidas para que se cumpliese en ellas un destino fiel y tipificado, y otras, de estas en sus relaciones con otros seres humanos, y que se muestran sobre unas dimensiones maravillosas, así como de sucesos singulares que fueron admitidos dignos de formar parte de un reconocimiento en todo amoldado a determinadas tradiciones legendarias que se transmitieron por vía oral y en su mayor parte en composiciones rimadas, y que a veces, y ya mucho más tarde, pasaron en parte a terminar siendo recogidas,

salvadas y perpetuadas, por obra de la escritura en textos que en muchos casos adquirieron la categoría de sagrados y, también, en otros, quedaron como meras referencias curiosas de un tiempo lejano, pero del que no se estaba separado, por lo que sentían que les pertenecían todavía y que por ellas pervivían en un cierto grado de observancia.

Las leyendas, ofrenda y conjunción significativas y ordenadas de la imaginación creadora al poder relacionar diversas imágenes por la memoria, facultad que también es creadora al tiempo que las recobra y que por ello hace que permanezcan y, ante todo, son sentidas como relatos, mitos, que han llegado a formar parte de un cuerpo que es tenido por perteneciente a un orden superior, lo que ha propiciado que desde hace ya mucho tiempo viniesen a adquirir, como hemos apuntado, la categoría de ser poseedores de un verdadero fondo caracterizador y hasta altamente definidor de tales comunidades. Por ello son reconocidas siempre como fieles aliados de la pervivencia y permanencia de lo que fue atesorado por lo que se ha entendido por memoria común, colectiva, en lo que pasó a ser una especie de entelequia multiforme en la que se custodiaban tales referentes, junto al hecho de que se reconociese que en su mayor parte fueron quedando desprendidas, y con ello perdidas y abandonadas, malparadas.

Las leyendas nos hablan directamente de una cosmología, de una manera de reconocer y admitir lo que es la vida en el mundo, y lo es desde que apareció en un principio que es tenido por recóndito y enigmático, y discurre por ella misma, y todo ello junto al mundo que la posibilita y totaliza, ya, en lo que es la existencia que fluye sobre un presente.

Y por otro lado tenemos que añadir otra característica definidora que es consustancial a todas las leyendas, como es que aquello que en ellas se refiere queda plasmado sobre lo que ha de ser tenido por una cierta irresolución manifiesta, lo que las hace que sean admitidas por *realidades* que han de ser comprendidas bajo el prisma arbitrario y menos arbitrario de lo tenido por quimérico, por fabuloso, pues, curiosamente, lo que en ellas se vislumbra bajo la apariencia de una concreción inequívoca, sólo lo es cuando viene a llamar la atención sobre un determinado aspecto que por él mismo poco tiene que ver con el posible sentido general que encierra.

Toda leyenda, pues, es una especie de magma de la *presencia de una realidad deseada* que toma forma al ser vertida en el molde de un relato que va engarzando las condiciones de una rememoración que no terminan de ceñirse, ni de manera más o menos próxima, ni lejana, a lo que son los presupuestos ajustados y debidos a la fidelidad que la sostendría, pues en tal caso, mal que bien, vendrían a ajustarse a lo que pretende obtener un relato histórico una vez que éste ha sido considerado bajo las pretensiones de ser tan cierto como veraz. Toda leyenda, por ello, en el fondo, viene a aparecer como una expresiva metáfora relacionada, referida, que descansa en el más alto grado de la verisimilitud.

Pero qué sucede cuando lo que debió ser un hecho sobresaliente del pasado, y que por haber concurrido en él unas circunstancias que nos son desconocidas, dio en adquirir el distintivo de legendario y, a su vez, junto a ello, llegó a perder en su totalidad la referencia de aquel hecho concreto que lo motivó, para, posteriormente, al final, quedar únicamente una denominación que por lo general es evocadora por ella misma, aunque sea bastante más, como sucede en el caso del topónimo *Campo de la Matanza* que encontramos para designar la gran llanura que se extiende por las tierras de las regiones del País Valenciano y de Murcia, que limita por el sur con los montes de la Sierra de Orihuela, por el E. con los de la Sierra de Callosa, por el N. con los de la Sierra de la Muela o de Abanilla, y por el W con las tierras de los municipios de Fortuna y Santomera en prolongación natural sobre los límites políticos de ellas.

Dicha llanura, durante siglos, formó un continuado conjunto de eriales de secano bien caracterizados por una extrema aridez y consiguiente pobreza, lo que únicamente permitió que se cultivaran en ella plantaciones de almendros, olivos, y chumberas, así como que se roturasen grandes extensiones que año tras año se sembraban de cebada con la esperanza de que concurriese a su debido tiempo el agua de la lluvia, un bien sumamente escaso, aunque en los últimos años haya sido redimida en gran parte por las regulares aportaciones de agua del Trasvase Tajo-Segura que la ha transformado al poderse cultivar en ella plantaciones de árboles frutales, principalmente de limoneros y naranjos, así como algunas verduras como alcachofa, habas, coliflores...

La historia del pasado del Campo de la Matanza nos refiere que durante la época de dominación árabe únicamente destacó como concentración de población el lugar de nombre Benferri, topónimo en el que aparece el prefijo Ben con su significado de ser residencia de una familia, y que como tal ha llegado hasta nuestros días, aunque ya, tras la reconquista de este territorio llevada a cabo por las fuerzas cristianas y valencianas a finales del siglo XIII y comienzos del siguiente, y tanto por la concurrencia en él de los castellanos como de los aragoneses, se dio en él una señalada tendencia a que se creasen nuevos señoríos territoriales que en un primer momento fueron otorgados en función de una gratificación para, más adelante, y con el fin de conseguir una posible y eficaz repoblación, pasar a concederlos a quienes fundasen en él poblados, *lugares*, con la presencia de un mínimo de quince casas con sus correspondientes moradores, aunque dichos señoríos siempre fueron solariegos solamente, pues su jurisdicción residió inequívocamente en el municipio de Orihuela¹.

Según Pascual Madoz, a mediados del siglo XIX, el Campo de la Matanza estaba poblado por unos 120 caseríos que en su mayor parte quedaban muy diseminados, habiendo llegado a ser su mayoría a comienzos de dicho siglo, propiedad del mar-

1 Ver J. Torres Fontes, *El señorío de Abanilla*, Murcia, 1982, pp. 71 y ss.

quesado de Rafal, casa perteneciente a la nobleza más rancia de Orihuela². Y así mismo hay que reseñar que el centro espiritual de esta llanura fue la ermita de la Virgen de los Remedios, distante de Benferri unos tres o cuatro kilómetros, y que fue erigida en 1700 en una primera fase, para ser posteriormente remodelada con una gran ampliación, y ya ser dotada de parroquia colativa en 1787. En ella destacó siempre un camarín en el que quedó expuesta una imagen de vestir de la Virgen de los Remedios, y así mismo siempre destacó la capilla de la ermita primitiva que quedó adosada, y a la que se fueron añadiendo otras, y ya en el siglo XIX se la dotó de un coro volado con un órgano de profusa tubería.

Poco a poco fueron levantándose en torno de la iglesia algunas casas que ampliaron el conjunto de las que figuraban en un principio, lo que permitió que dicho lugar, ya en el siglo XVIII, y por protocolo firmado por Carlos III, viniese a ser conocido por el nombre de Parroquia de la Matanza. Durante los siglos XIX y XX, el día dos de junio, se ha venido celebrando una romería a la que concurría una muchedumbre de toda su demarcación, así como de Orihuela, Albatera, Fortuna, Abanilla, Redován... Y junto a ellas nunca han faltado en los aniversarios señalados procesiones de la imagen de la Virgen por los campos con visitas a los caseríos donde fue siempre recibida con adornos de colgaduras, altares con flores... y cánticos y aplausos, así como disparo de numerosos cohetes; ni tampoco emotivas procesiones de rogativas de lluvia de las que nos han llegado algunas cantos que eran acompañados por las voces rituales de *Santísima Virgen de los Remedios, danos agua, agua, agua...* cantos que sobre todo eran entonados por las mujeres, como los que dicen:

«Como un lirio de la tierra
me sitúo a tus pies
a pedirte Virgen Santa
que pronto veamos llover».

«Virgen Santa del Remedio
fuente del divino amor,
con mucha agua del cielo
échanos tu bendición»

2 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, T. IX, p. 297 a.

«Oh Virgen del Remedio,
tan divina y preciosa,
mádanos a este campo
esa lluvia prodigiosa»³.

Pero, si tendemos la mirada al pasado del campo de la Matanza, debemos consignar en dicho lugar una leyenda piadosa que a su vez pudo ser, como veremos a continuación, origen de otra. Refiere ésta la aparición de la Virgen de los Remedios en la noche del dos de junio de 1808, y como tal dice de las condiciones que concurrieron en su formación y de la propagación que tuvo en un momento dado. Así, de lo que sucedió aquella noche tenemos el relato que dejó cumplimentado don Vicente Alcaraz y Calatayud, vicario perpetuo de la catedral de Orihuela. En él se nos dice que cuando se encontraba en la hora de la caída de la tarde de dicho día, y procedente del Campo de la Matanza, iba montado en una galera en compañía de varios amigos de la ciudad de Murcia en viaje hacia Orihuela, y como tal discurría con total normalidad, pero cuando llegaron al paraje de la Cruz Cubierta, junto al Ladrillar, les llegó *una gran confusión de alaridos y una gritería tal en la huerta de Orihuela* que les sumió en la mayor confusión y espanto. Y poco después, cuando avanzaban por el camino nuevo de Callosa, vieron venir por él una multitud de gentes corriendo que con voz alterada decían: *Los franceses, los franceses...* Asegurando uno de ellos que en número de 14000 habían desembarcado en la costa a la altura de los pueblos de Guardamar, Santapola y Torrevieja.

Tan pronto como supieron de dicha novedad, y como consecuencia del sobresalto recibido, decidieron volverse para el Campo de la Matanza comunicando lo que sabían a cuantos fueron encontrando a su paso por el camino, lo que hizo *que a su vez lo fueran propagando* en sus casas y a los vecinos. Y añade don Vicente Alcaraz que mientras iban en el carruaje rezando el rosario y el trisagio en alabanza de la Stma Trinidad, un mozo de quince o dieciséis años de nombre Francisco García dio en decir: *V. Mire que viril se ve en aquella nube junto a la luna*. Y en efecto, se nos dice, una vez que hubieron apartado los toldos del carruaje, todos pudieron contemplar *que los resplandores de la luna en una nubecilla que medio la cubrían formaba un perfectísimo viril* en todo semejante al que había en la iglesia de la Matanza, lo que tuvieron por una feliz premonición.

Y una vez llegados a dicho lugar del Campo de la Matanza, a eso de las diez de la noche, el vicario pasó a avisar a los diputados que inmediatamente dispusieron

3 Los cantos en los comentarios de Pedro Navarro Veracruz con motivo del 175 aniversario de dicho suceso, en la 3ª edición del libro de Andrés Excaplés Huerta, *Historia de la Aparición de N^{ra} S^{ra}. del Remedio que se venera en el Campo de la Matanza, Orihuela. Callosa del Segura* 1906. La 3ª edición en Callosa del Segura, 1988. pp.42, 43,44, 51... Este mismo autor, en un folleto titulado *Historia del Campo de la Matanza*, Callosa del Segura, 1988, ya había repetido estos mismos argumentos. Ver pág. p. 3 y ss.

que comenzase a tocar a rebato la campana mayor de la torre de la iglesia, y a cuyo sonido comenzó a acudir la mayor parte de los vecinos que fueron informados de la amenaza que se cernía sobre ellos, por lo que debían pertrecharse de las armas que poseyeran para acudir en defensa de los pueblos de la costa y detener, si era posible, el avance de las fuerzas enemigas. Y muy pronto comenzaron a llegar otras gentes de los partidos de San Bartolomé, no faltando una persona que dio en dar detalles, como fue el caso de un tal Francisco Martínez, que aseguró que *ya estarían degollados o a punto de serlo todos los que moraban en Almoradí*, (pueblo de la Vega Baja del Segura) *pues así lo había oído a las gentes que huían de aquellos contornos*.

Al principio, el desánimo se adueñó de cuantos habían acudido a la llamada de la parroquia pues demasiado bien sabían que contaban con pocas armas y pobres municiones para llevar a cabo dicho socorro, pero, se nos refiere que, como respuesta a las vivas exhortaciones del vicario, pronto comenzaron a animarse unos a otros hasta llegar a decir: *Vamos a morir en defensa de la religión*, y se encaminaron a sus casas para equiparse con escopetas de pistón, chuzos, hachas... y retornar tan pronto pudieron a la iglesia para organizarse en cuadrillas al tiempo que en voz alta *pedían a Dios perdón de sus pecados...*

Y al mismo tiempo se comenzó a pedir que se sacase la imagen de la Virgen a la calle para que con su amparo les diese fuerza contra los franceses, aunque el vicario, como habría de reconocer más adelante, debido al gran ajeteo en que se encontraba en aquellos momentos, no reparó en ello o lo echó en olvido. *Pero la Santa Señora, por su bondad, quiso concederles la petición de esta afligida gente*. Y serían ya las diez y media de la noche, y encontrándose las mujeres y buen número de hombres de edad en la iglesia, pues se había dispuesto lo necesario para celebrar una función con exposición del Santo Sacramento y canto del *Tantum ergo Sacramentum...* cuando las mujeres, en medio de atribulados sollozos, comenzaron a pedir a la Virgen que sus hombres volviesen pronto sanos y salvos... para lo que se asían con dolor de su blanco vestido... Mientras tanto, un hombre que había subido a la torre de la iglesia oteaba en la oscuridad por si se veían resplandores de los cañonazos y de la fusilería enemiga, dar aviso inmediato, pues ello sería señal inequívoca de *la proximidad del enemigo para en tal caso sumir las hostias consagradas, como es justo que se haga en tales lances... para preservarlas de los ultrajes*.

A la una de la mañana del día dos de junio, después de que se hubiera puesto la luna, la madre del dicho vicario, de nombre Antonia Calatayud, que había permanecido durante aquel tiempo en su casa, nada más salir a la calle en la puerta de su casa, según se nos dice, *vio en el primer ciprés a la Virgen, pero a nadie lo dijo hasta que llegándose a ella una hija de Antonio Ramírez, casada en Benferri, le dijo: Tía Antonia, no ve V. ¿Aquella es la Virgen? Si señora, la Virgen es, dijo mi madre*. Pero las mujeres que constantemente salían y entraban de la iglesia a observar si se oía en la lejanía algún rumor de la invasión francesa, no se percibieron de la presencia de la aparición que descansaba en el árbol en forma de un bulto blanco

que en todo era semejante a la imagen que se veneraba en la parroquia, pero en un momento dado comenzaron a dar voces diciendo: *La Virgen está en el ciprés*. Y con ellas, todas las mujeres que se hacían presentes en la iglesia acudieron hasta colocarse a tres o cinco palmos de ella, lo que les era posible *tocar con sus manos los vestidos de la Señora, pero nadie tuvo tal atrevimiento*.

Estando la muchedumbre en aquella situación *vieron clara y distintamente cómo el ciprés había desaparecido, y sólo se veía de él el tronquito y como palmo y medio de sus primeras ramas que parecían peana*. Al contemplar este prodigio, *que no admitía la menor duda*, los presente comenzaron a clamar diciendo: *La Virgen, la Virgen está en el ciprés*. Voces que hicieron que el vicario saliera a la plazoleta que se abría ante la iglesia, para, asustado como se encontraba, pues, como dijo, llegó a perder la voz y a sentir que sus cabellos *se le erizaban*, poder pronto reaccionar poco a poco y acercarse a la Virgen que reposaba en el ciprés. Una mujer, recuerda, que le preguntó si aquello sería bueno para ellos, a lo que él respondió que *naturalmente que lo sería*.

De aquellos sucesos, pocos días después, el vicario don Vicente Alcaraz Calatayud escribió la siguiente composición rimada:

La hermosa de negra tez
 Porque el sol la hizo morena
 Puedo decir esta vez
 Que con una cara buena
 Se apareció en el ciprés.

No fue de encina ni Almés
 El escabel soberano
 No fue Pino ni albés
 Que para éste echó mano
 De las ramas del ciprés.

Así lo jura y confiesa
 El más obsequioso esclavo
 A los pies de su princesa
 Vicente Alcaraz vicario.

No fue en el campo de Booz
 Que fue en el campo de Orihuela
 Donde con el niño Dios
 Se dejó ver Rut risueña
 De junio en el día dos.

Aunque el demonio no cuadre
 Y brame todo el abismo,
 Diré, Jesús, dulce Padre,
 Que a ti te vi yo mismo
 En el ciprés con la madre.

La ilustre solimitana
 Para ser vista esta vez
 Toda bizarra y ufana
 De las ramas del ciprés
 Se formó hermosa peana.

Pero volviendo al momento de la aparición, el vicario añadió que tan pronto pudo reaccionar de la impresión que le había causado tener conciencia de ser testigo de la presencia de lo sobrenatural, se dirigió a la sacristía para tomar una antorcha que encendió con la llama de una de las velas que ardía ante el altar por haber sido ofrecidas a la Virgen, para pasar a referir que *esta luz la llevaba para alumbrar a la Señora del ciprés pensando ser esta mi obligación como criado de la casa. Salí con la antorcha encendida y cuando llegué al portal vi el bulto hermoso y blanco que a la vez primera pero al empezar a caminar advertí que la Señora iba desapareciendo, y fue al modo que se quita la densa niebla que cubre los árboles...*⁴.

Cuando las gentes allí congregadas sintieron que el ciprés estaba sin la Virgen, se entregaron de nuevo a un desconsolado llanto en señal del miedo que les dominaba, lo que les llevó a decir: *Padre vicario, la Virgen se nos ha ido, ¿qué será de nosotros?*. A lo que este respondió pidiéndoles que volviesen a pasar al interior de la iglesia, como hicieron, y donde al ver la santa imagen en su altar, *se nos acabaron todos los sobresaltos de parecemos que la Virgen nos dejaba*, con lo que comenzaron a dar voces con vivas a la Virgen del Remedio.

Y como es natural, la leyenda que recoge el hecho de la aparición de la Virgen de los Remedios en aquella noche de comienzos de junio de 1808, nos dice también que conllevó que aquellas medrosas gentes del Campo de la Matanza se sintieran en su ánimo profundamente reconfortados y amparados al sentir nuevamente su presencia.

Y poco después comenzaron a llegar al Campo de la Matanza noticias que decían que la temida invasión de los franceses en distintos lugares de la costa alicantina había sido debida a la mala interpretación que había causado la presencia de unos veleros en la costa, y con ello que hubiese corrido una farsa alarma, por lo que la tranquilidad volvió a reinar en aquellas gentes.

4 Andrés Excaplés Huerta, *Historia de la Aparición...* Opus cit, pp. 17 y ss.

Muchos años después, y en recuerdo de dicho suceso que fue siempre admitido por milagroso, pues como tal lo han tenido y lo tienen los moradores del Campo de la Matanza, en la explanada que hay ante la puerta de la iglesia, se levantó un monumento en piedra en el que se representó en su verdadera proporción dicha aparición de la Virgen sobre el ciprés, así como, en su parte posterior, se dispusieron diversas letrillas rimadas alusivas a ella.

* * * * *

Hace ya algún tiempo, cuando comencé a llevar a cabo ciertas averiguaciones sobre el posible hecho histórico al que podía referirse el topónimo de Campo de la Matanza, busqué en un primer momento en distintos libros de historia que refieren el pasado de Orihuela, pero no encontré en ellos la menor noticia ni alusión que dijese de una batalla o de un reconocido hecho de armas al que pudiera ser atribuido pues, cuando decían de él, lo hacían en forma de una denominación ya existente, como podemos constatar en los *Anales de Orihuela* en que se refiere, en lo concerniente al 1330, que en el *Repartimiento* de tierras que tuvo efecto tras su conquista a los moros, fue en el dicho *Campo de la Matanza* donde se dio comienzo a hacer tal partición⁵.

Y lo que percibí como completo desconocimiento, hijo a su vez del posible olvido en que había caído tal suceso, pronto pasó a concurrir y repetirse en todo cuanto me fueron refiriendo diversos comunicantes a los que acudí en algunos de sus caseríos de nombre Los Riquelme, Los Cutillas, Los Peñaranda, Siete Casas... por más que no faltasen referencias a que *habían oído que en determinados lugares...* que *hacía ya muchos años...* al labrar la tierra, habían aparecido espadas y diversas clases de armas, aunque no lo sabían con alguna certeza, y menos con alguna seguridad, ni dónde ni cuándo dichos hallazgos habían sucedido. Y junto a ello, tampoco faltó la alusión obligada a que se decía de aquella llanura Campo de la Matanza: desde *el tiempo de los moros*. Creencia y sentimiento que sin duda han estado presentes, y de modo dominante, hasta nuestros días, pues, cuando hace unos años se buscaron y dispusieron los distintos componentes simbólicos que se creyó que debían estar presentes en la heráldica del Campo de la Matanza, tal como encontramos en la fachada de su iglesia, nada de ello faltó. Así, en dicho escudo, encontramos que en el cuartel lateral izquierdo aparece un ciprés, en clara alusión a la aparición de la Virgen, y en los dos medio-cuarteles que ocupan el lado derecho, vemos que en su parte inferior lo hace la bandera del País Valenciano, y en la superior, dos cabezas enfrentadas que representan a un moro y, sorpren-

5 Mosén Pedro Bellot, *Anales de Orihuela*, T. I. Orihuela, 1954, p.14. E igual sucedió en 1369, p. 101, y en 1364, p. 138,...

dentamente en un primer momento, lo que parece la de un romano con su yelmo con su inconfundible morrión.

Todo cuanto me fue dicho carecía del menor fundamento, y como tal lo admití, y lo mismo vino a suceder cuando oí referir que se debía a que por allí *pasaron los franceses*, pues habían oído que su presencia dio *lugar a que sucediese una gran matanza*, de donde *le tenía que venir su nombre*. Lo que igualmente deseché pronto por fantástico pues el topónimo es bien conocido desde hacía un buen número de siglos.

Sin embargo, por la colección de composiciones poéticas que me facilitó don Amador Romero, cura párroco de La Parroquia de la Matanza, —cuando acudí a él para que me informase, si sabía algo de dicho topónimo que ya había venido a ser admitido por mi como un misterio, y que según me dijo también lo era para él pues tan pronto fue destinado a dicho lugar, se había sentido intrigado por el motivo que podía haber dado lugar a ello, pero que por más que había buscado no había encontrado el menor fundamento que lo sacase de la ignorancia—, y que había agrupado en una publicación por Pedro Navarro Veracruz que se hizo con motivo del 175 aniversario de la aparición de la Virgen, pude hallar que en algunos cantos se decía:

«Descendiste de los cielos
A hospedarte en un ciprés,
Virgen pura del Remedio,
Y retiraste al francés
Tan tirano como soberbio.»

idea que se repite en el que dice:

Por más que te alabemos
Nunca será lo que mereces,
Ya que salvaste este campo
De la invasión de los franceses».

Con lo que venimos a situarnos ante el germen de lo que puede ser admitido también como una posible versión de lo que podía ser otra leyenda en la que por un lado vemos que aparece el sentimiento de pánico que en algunos momentos de aquel año del 1808 se vino a sentir en toda España ante la invasión de las tropas napoleónicas, y por otro lo que significó la atribución a la Virgen, con su aparición, del hecho milagroso de haber salvado a aquel Campo de la Matanza de lo que habría acarreado dicha invasión, cosa que en ningún momento, como sabemos, pudo llegar a darse, por lo menos en aquel momento de junio de 1808.

Pero si don Amador Romero había mostrado conformidad con el resultado de sus pesquisas, así mismo tenemos el testimonio de otro sacerdote amigo de la erudición que en otro escrito trató de fijar de modo irrefutable dicha aparición de la Virgen, para lo que debemos situarnos en el último tercio del siglo XIX. Dicho erudito, de nombre Andrés Esclapés Huerta, tras tratar por extenso de la aparición de la Virgen, para confirmarla con toda clase de posibles y nuevos argumentos, se dejó llevar de la ilusión que le espoleaba para pasar a establecer los fundamentos de una nueva leyenda que explicase el origen de este topónimo, leyenda que en todo se acomodaba a una feliz búsqueda con sus ribetes míticos bien propia de sus días, dejándonos de manera detallada su opinión en cuanto a lo que encerraba dicho nombre, pues, añadió, que tenía su origen en las *grandes y sangrientas batallas dadas en este campo*, aunque pronto pasó a aclarar que ello era lo que refería la tradición, que a su vez había originado diversas opiniones erróneas como era la que hacía que generalmente se creyese *que las matanzas que dan nombre a este campo ocurrieron en la época de los mahometanos*.

Más, por su parte, pronto salió al paso de dicha certeza más o menos verosímil y comúnmente admitida con lo que podemos contemplar como lo argumentado por otra tradición que él dijo que había encontrado en la lectura de unos papeles que habían estado depositados durante siglos en el archivo del Ayuntamiento de Orihuela, y en los que se decía que cuando el rey Jaime I, tras llevar a cabo la conquista de aquellos territorios, sintió curiosidad por saber cómo se llamaban, y los ancianos del lugar le contestaron que *Campo de la Matanza* por haberse dado en él una gran batalla en los tiempos más remotos. Y ya, continuó diciendo que por su parte había llegado a la conclusión que le parecía inequívoca de que *las sangrientas jornadas que dieron el nombre de Matanza a este campo, debieron suceder entre cartagineses y romanos*. Afirmación que trató de probar a continuación empleando en ello una lógica que le auxilió y contentó en todo momento, y que como tal lo hizo a modo de un consecuente silogismo.

Por lo que dijo que era un hecho *indisputable* que los cartagineses se habían apoderado de las costa vecinas, y que así mismo se sabía que en aquellos tiempos Cartagena había llegado a ser un emporio comercial al tiempo que una gran fortaleza, y que más adelante, los romanos, y también era otro hecho que para él era *indisputable*, se hicieron presentes en dicho país, llegándose a entablar una guerra por su conquista, y a apoderarse a la viva fuerza de aquella ciudad de importante puerto. Pero antes que los romanos pudieran llegar al asalto final de Cartagena *debieron batir y destruir los ejércitos cartagineses en sangrientos y obstinados encuentros*.

Y prosiguió diciendo que tras *un reconocimiento topográfico* de todo aquel país que se extendía al norte de Orihuela, *se infiere que debieron los cartagineses hacer en este campo toda la resistencia que estuviese en su posibilidad y que las sangrientas batallas entre estos y los romanos se dieron a no dudar en esta llanura*. Y ya, a continuación, y para que no quedase ni la menor duda, añadió un buen número de

detalles que le daban veracidad, como que los romanos sólo pudieron bajar a dichas tierras, dado que la sierra de Crevillente era infranqueable *por ser antimilitar*, por la parte del mediodía, es decir, por el puerto de Abanilla, del mismo modo que como muchos siglos más tarde habría de hacer el rey don Jaime al frente de sus huestes liberadoras.

Todo ello le indujo a concluir que *luego en esta llanura de cierto se encontraron los dos ejércitos beligerantes. Todo esto es cierto, sin que se atreva a negarlo ningún militar inteligente. (...) Colocados ambos ejércitos en esta llanura, la batalla debió de ser decisiva y sangrienta, porque los dos se hallaban en punto comprometido y sin retirada...* para proseguir que si los romanos no hubiesen vencido en aquella batalla del Campo de la Matanza no habrían podido continuar en su avance para poder caer sobre Cartagena después de dejar atrás la vega del río Segura. *Todo esto prueba que los romanos no hubieran atravesado la vega sin desbaratar completamente al ejército enemigo, y que la batalla se efectuó en el campo de la Matanza.*

Una hipótesis ésta que se muestra con pretensiones de rigurosidad tal como fue alzada por un voluntarioso erudito local que ante todo debe ser contemplada como bien representativa de ese momento que fue la segunda parte del siglo XIX en que el conocimiento de la antigüedad se fue abriendo paso poco a poco desde las numerosas perspectivas posibles junto a una valoración acorde al sentimiento romántico que las inspiraban, y también, si queremos, y en su caso lo podemos percibir de la misma manera que en tantas otras ocasiones, lo fueron sobre posibles leyendas guarnecidas de festones culturales que, como sabemos, no llegaron a ganar a la masa popular que en su mayor parte continuó apegada a la que decía, que se debía *a una batalla del tiempo de los moros.*

Sin embargo, este enfoque que conducía a los días de la antigüedad, tampoco era plenamente original pues ya durante el siglo XVII, concretamente en 1632, no había faltado una voz, la de Francisco Martínez Paterna, que en su *Historia de la ciudad de Orihuela...* había dicho que aquella llanura había sido un lugar en que se habían sucedido grandes batallas entre poderosos ejércitos desde tiempos remotos, como cuando puntualiza que el Campo de la Matanza fue *donde tuvieron los Romanos con los Cartagineses muchos encuentros, y mataron en tiempo de los Godos los moros muchos soldados, y donde los Castellanos y Aragoneses se encontraron unos por ganar a Orihuela y otros por defendella...*⁶.

Por otro lado no han faltado opiniones que dicen que es posible que se refiera a los enfrenamientos continuados entre castellanos y aragoneses en la llamada guerra

6 Francisco Martínez Paterna, *Historia de la Ciudad de Orihuela y de sus pueblos oritanos; tratase de su obispado, gobernación y baylia general; de los montes, de los ríos y fuentes e islas de los promontorios, seños y puertos que tiene esta prouincia.* Orihuela, 1632. Libro que permaneció en manuscrito hasta su edición en Juan Bta. Vilar, *Historia de la ciudad de Orihuela, Orihuela, una ciudad valenciana en la España moderna*, T. IV, Vol. III, Murcia, 1981, pp. 857 y ss.



Escudo del Campo de La Matanza.

de *Los dos Pedros*, que se desarrolló durante largos años del siglo XIV con gran número de muertes por ambos lados y penosas consecuencias de hambres, incendios, pillajes...⁷, aunque lo cierto es que, con anterioridad a ella, ya se le daba a aquella llanura tal nombre. Quizás, con su buena lógica, Andrés Esclapés Huerta acertó en alguna proporción, por lo menos en lo que debemos admitir también como una leyenda, puesto que la realidad histórica se había esfumado.

⁷ Sobre la guerra de *los dos Pedro* en lo referente a Orihuela, ver en Juan Bta. Vilar, *Historia de la ciudad de Orihuela, Los siglos XIV y XV en Orihuela*, T. III, Murcia, 1980, pp. 265 y ss. En el folleto que Roque P. Navarro Veracruz publicó bajo el título *Historia del campo de la Matanza*, Callosa del Segura, 1998, se repite lo dicho en los textos citados.



Parroquia y monumento a la aparición de la Virgen en el Campo de La Matanza.



Los gozos de la Virgen de los Remedios en el dorso del monumento.



Monumento a la aparición de la Virgen de los Remedios.